

El  
CORAZÓN  
de

Brie  
Spangler

La  
Bestia

AMOR  
sin PREJUICIOS



# Brie Spangler

# El corazón de la Bestia



## Una historia de amor transgénero.

Nadie está a gusto en su propio cuerpo. Pero Dylan siente que el suyo es demasiado. Demasiado alto, demasiado peludo, demasiado grande.

En terapia conocerá a Jamie y, por primera vez en su vida, encajará. Ella le mira como nadie lo ha hecho antes. Y cuando él la mira, ve en ella todo lo que siempre ha querido. En cambio los demás, cuando miran a Jamie, ven algo completamente distinto.

Y cuando la presenta como «su chica», sus amigos se ríen. Demasiado.

**¿Somos lo que ven los demás? ¿O somos lo que queremos ser?**

Sigue el hashtag [#corazónbestia](#)

Si quieres saber más sobre *ellas.* síguenos en:



[ellasdemontena](#)



[@ellasdemontena](#)

Encontrarás más información de todas nuestras novedades, noticias de nuestros autores, compartirás opiniones con otros lectores y muchas sorpresas más.

*Para Matt,  
porque lo quise dejar incluso más veces  
que palabras hay en este libro, y tú siempre me dijiste:  
«Sigue escribiendo»*

## 1

No sé qué habrá caído primero, si la pelota o yo.

En teoría, ha sido la pelota porque se ve que yo, pobre de mí, un puro amasijo de fibra y músculo, no soy capaz de andar y mascar chicle al mismo tiempo, y mucho menos encima recuperar una pelota perdida. Menos mal que nadie me vio trepando por la fachada hasta el tejado porque habría habido guasa para rato. Lo mismo de siempre, cosas como «No hagas eso», «Pesas demasiado», «Eres demasiado alto», «Tienes pelo por todas partes». A todo el mundo le encanta recordarme el aspecto que tengo. Como si no tuviera espejos. Pero allí arriba no se oía a nadie. No se movía nada, ni siquiera el viento. Me he acercado hasta el borde, donde se junta el canalón de las dos vertientes, y me he puesto de pie sobre una hilera de tejas inestables. Mi sombra se ha proyectado en el césped del suelo, larga y delgada.

No tendría que haber mirado.

Y es que es bastante duro medir casi un metro noventa y cinco, tener suficiente vello corporal como para sepultar a un pueblo entero y encima tener que comprar la ropa en la sección de godzillas. Los uniformes de tallas normales no me caben. Antes de que empezara el curso, mi madre tuvo que coser esos ridículos escudos escolares en chaquetas marrones y polos blancos de la talla de un piano de media cola. Parezco un trol salido de debajo del puente que ha pensado que apuntarse a una escuela católica de precio razonable era lo mejor para su futuro.

Hoy el día no ha empezado tan mal; podría haber sido peor. Mientras tomaba mi desayuno frugal consistente en seis tortitas, cuatro tostadas y un puñado de lonchas de

beicon, he pensado que mi madre debía de estar inspirada, porque me ha dicho: «Este va a ser tu año, Dylan, ¡lo presiento!». Y quién sabe. Tal vez sí que después de esta mierda de estirones épicos de treinta centímetros que mi cuerpo insiste en repetir cada dos por tres y de haber tenido que afeitarme desde sexto de primaria, este segundo de secundaria podría ser mi año. Sería un cambio agradable. Fíjate, incluso me he encontrado una moneda de la buena suerte en la calle de camino a la parada del autobús. Una señal clarísima de que mi padre estaba pensando en mí. Seguro.

Ahora bien, la bonita promesa del año de buena suerte se ha venido abajo cuando me he enterado de que en el Saint Lawrence este año han prohibido que los chicos usen gorra y lleven el pelo largo. El colegio en pleno se ha girado para mirarme fijamente.

Siempre llevo el pelo igual: me hago la raya en medio, en horizontal, lo peino hacia delante para que me cubra la cara al máximo y me encasqueto la gorra. Mi madre lo odia. Dice que me cuelga por la cara. Que me oculta los ojos. Pero mi pelo es mi tema.

Rectifico: era mi tema.

Madison va y suelta:

—¡Por Dios, ahora tendremos que ver la cara de la Bestia todos los días!

Os juro que ha dicho eso. Estábamos en plena reunión de principio de curso. Yo estaba sentado justo en la fila de detrás de ella. JP se partía de risa, ¡cómo no! Cuando Fern Chapman ha mirado a Madison y ha puesto los ojos en blanco y le ha ordenado que cerrara el pico, casi se me sale el corazón del pecho y se pone a bailar la conga de la alegría.

Gracias, Fern Chapman. Por eso estoy enamorado de ti como un idiota.

Es tan guapa que cuesta respirar cuando estás a su lado. El aire se hace más denso.

—Pero llévate a Madison contigo, Bestia. ¡A tu cueva! — ha dicho JP a la vez que me daba un codazo desde su silla



para que me riera.

Y eso es lo que he hecho porque, joder, qué remedio te queda si el director del colegio, plantado en mitad del escenario del Saint Lawrence, acaba de anunciar su nueva política, cuya principal consecuencia es mostrar al mundo entero que soy una inmundicia genética.

Estar sentado junto a mi mejor amigo, JP, es la prueba irrefutable de mi teoría. No en plan karma, no, no; es tan fácil como que una sola de las pecas de JP vale más que mi cuerpo entero. Así de claro. Por lo que respecta al físico, podríamos decir que JP es un héroe de flamante armadura montado en un caballo de un blanco reluciente, que desenvaina su sable de empuñadura dorada y me da muerte mientras el pueblo lo vitorea. Esa es la realidad. Su lema es: «*Simul adoratur*», que si lo buscarais en el traductor de Google vendría a significar, sin exagerar ni un pelo, «ser adorado». Se me parte el alma viéndolo coleccionar chicas como quien colecciona mariposas para luego atravesarles el corazón.

Sin embargo, por extraño que parezca, quiero a JP porque no se asusta de mí. Nunca me ha resultado fácil hacer amigos. Mi madre siempre me decía: «Habla con los otros niños, ¡enséñales tu sonrisa!». (Por favor, mamá)... Siempre que lo intentaba, salían corriendo. O peor: fingían que no me veían. Cuando estaba en primero y pesaba trece kilos más que cualquier otro chico, JP fue el único que me preguntó: «¿Quieres jugar?». Claro que le dije que sí. Y si a cambio me pedía que de vez en cuando le diera una paliza a alguien, yo lo hacía porque él quería que fuéramos amigos. Tampoco había para tanto. Normalmente me bastaba con acercarme amenazadoramente al muchacho en cuestión y fulminarlo con la mirada. Además, andar junto a JP es un distintivo de honor en el Saint Lawrence. No pienso sacrificar el asiento que ocupo a su lado en el comedor.

JP es el mejor, solo que a veces lo odio. Como ahora. Si no fuera por él, seguramente no habría subido al tejado y tal vez todavía tendría pelo. Ha sido idea suya lo de ir al peluquero al salir del instituto. Ha dicho que pagaba él, y

yo me he quedado alucinado porque es tan rico que da asco y yo soy más pobre que las ratas. «JP debe de saber que tengo la moral por los suelos», he pensado al sentarme en el sillón. Era un detallazo por su parte. Así que le he dicho al peluquero que quería el mismo corte de pelo que JP, exactamente el mismo. Él se lo echa hacia un lado y siempre le queda perfecto. Las chicas aprovechan para pasarle los dedos por el pelo a la menor oportunidad. Eso es lo que quiero. Y justo cuando se lo estaba diciendo, el tío va y me rapa toda la parte central de la cabeza. Pero¿ qué co...? He saltado de la silla sin siquiera quitarme la capa de plástico esa ridícula y me he abalanzado sobre él. El tío se ha encogido, como se encoge siempre todo el mundo, y ha señalado a JP. Me ha dicho que le había dado veinte dólares de propina para que me afeitara la cabeza. En ese mismo momento, JP se ha echado a reír. Yo también me he echado a reír, pero eso es distinto. A mí no me quedaba otro remedio.

O sea que ahora llevo la cabeza rapada. No me gusta. Me recuerda demasiado a la quimio. Me pregunto qué pensará mi padre de mi nuevo corte de pelo, él que era todo un experto en este estilo en particular. Si es que todavía piensa, claro.

He intentado borrar de la cabeza lo mucho que detesto mi imagen de paciente de quimioterapia, y lo he logrado. Hasta que he llegado a casa, me he quitado la gorra y he visto mi reflejo en el espejo del recibidor. Por si alguien lo pregunta, sí, el cristal hecho añicos y el rastro de gotas de sangre hasta el tejado son cosa mía. No es para tanto. Necesitaba un poco de aire fresco. Así que he recogido la pelota que estaba allí arriba desde hacía tiempo, he respirado hondo, me he resbalado, y la pelota y yo hemos caído dando tumbos. El final perfecto para un día perfecto.

Pero ¡todavía podía mejorar! Mis vecinos, los Swampole, me han oído impactando en el suelo como un meteorito y también los gritos y han llamado a una ambulancia. Ahora estoy en el hospital, acabo de despertarme de una operación de dos fracturas espiroideas en la pierna derecha y el

ruido de esta máquina me está volviendo loco. ¿De verdad tiene que pitar cada vez que me late el corazón? Ojalá alguien lo pare. El ruido, quiero decir. Cada vez que suena oigo la voz de Madison repitiendo una y otra vez: «¡Por Dios, ahora tendremos que ver la cara de la Bestia todos los días! ¡Por Dios, ahora tendremos que ver la cara de la Bestia todos los días!...».

Cierro los ojos para dejar de ver el blanco exagerado de la habitación del hospital y siento cierta decepción. No creía que fuera a acabar aquí. No lo tenía previsto. Tengo la pierna derecha atada al armazón metálico de la cama, de ella sobresalen pernos, clavos y alambres, y en el viaje que llevo por la morfina me veo en un espectáculo de marionetas psicodélico. Me arrebujó en la cama del hospital e inhalo el aire químico del centro como si fuera el perfume de Fern Chapman. O su desodorante; lo que sea que hace que huelga de esa forma tan increíble. No voy a mentir: he tenido sueños en los que soy invisible y no hago más que andar detrás de ella y aspirar su olor.

Supongo que en mis próximos sueños tendré que andar cojeando. Las muletas me vienen perfectas. A partir de ahora lo que me llamarán será «el Muletas». «¡Eh, mirad al Muletas!», dirá la gente cuando pase por mi lado. Me gusta la idea. Es mucho más normal.

El silencio dura poco.

Mi madre entra en la habitación como una exhalación.

—¡Dylan!

No sostiene en la mano su habitual taza de té chai para el trayecto de vuelta a casa. Debe de haber venido zumbando desde Beaverton, donde trabaja muchas horas y en cuya tienda para empleados nos compra el calzado con descuento. Me abate una oleada de culpabilidad. No hay en el mundo suficiente té chai para borrar el susto de que su hijo haya sido trasladado en ambulancia al hospital y operado de urgencia mientras a ella la localizaban en el trabajo. Después de esto, tal vez necesite pasarse a la kombucha.

—¡Cariño! —exclama. Cruza como un bólido la habitación y casi me asfixia con un tremendo abrazo—. He venido en cuanto he podido. El médico me ha puesto al corriente mientras estabas dormido, dice que te pondrás bien. ¿Cómo te encuentras?

Podrían ponerme un poco más de morfina. No es que me duela nada, pero no hay nada como la morfina.

—Mejor que nunca.

—¿Necesitas algo?

Una transformación genética de pies a cabeza.

—No.

Mi madre se aparta un poco y mira alrededor del panteón. Quería decir de la habitación. Un escalofrío le recorre la espalda.

—Te pareces muchísimo a tu padre —musita.

No me cabe duda. Verme lleno de tubos, calvo y más pálido que una barra de pegamento debe de retrotraerla a la época en que el grandote de mi padre se encontraba tumbado en una cama de hospital.

Una nueva sonrisa aflora a sus mejillas, esa sonrisa que le forma arrugas incluso en los pómulos cuando se esfuerza por no pasarse de efusiva. Suelta la barra metálica del lateral de la cama.

—Me gusta tu corte de pelo; así puedo verte otra vez la cara. Estás mucho mejor que escondido detrás de tanta greña. —Me rodea la mejilla con la mano suavemente como cuando era pequeño—. Eres clavadito a él.

No digo nada porque es verdad, he visto las fotos y tiene razón. Podrían plantarte delante una foto de mi padre y creerías que soy yo. El mismo cuerpazo que cubre la imagen entera y la misma cara capaz de romper el objetivo. Pero yo soy más peludo; suerte que tiene uno.

—Ay, Dylan. —Mi madre suspira mientras me ahueca la almohada—. El médico me ha dicho que estabas intentando recuperar una pelota, ¿verdad? Podríamos haber encontrado una forma mejor de bajarla de allí, ¿no crees?

—Mmm...

—Creía que odiabas el fútbol.

Ignoro el comentario y alcanzo el dosificador del calmante. Una dosis; dos; tres.

—¡Para! —exclama arrancándomelo de la mano—. Solo nos falta tener que pasar por un centro de desintoxicación todas las mañanas antes de ir a clase. No, hoy no vamos a volvernos adictos a la morfina, muchas gracias.

—V-va mu-muy bien. Mmm-mola.

—No lo dudo —responde—. Bueno, mientras esperábamos a que te despertaras, he llamado al colegio y les he dicho que empezarás el curso cojeando de una pierna.

Debajo de los párpados cerrados, pongo los ojos en blanco en el mismo momento en que noto un subidón de calmante.

—En fin. ¿A quién más se lo has dicho? —¿A Fern Chapman?, pienso para mis adentros.

Juro que si Fern cruza esa puerta con su aire glamuroso, me moriré.

—He avisado al colegio y a la familia.

—¿Y a mis amigos? —Me da miedo preguntárselo—. Por favor, dime que seré el primero en contárselo a JP.

—No te enfades, cariño... —Se muerde el labio.

—... pero ya le has mandado un mensaje. —Termino la frase en su lugar.

—No, no; ha sido él quien me ha mandado un mensaje a mí. Se ha enterado de que te había ocurrido algo y quería asegurarse de que estás bien. ¿No es eso lo que hacen los amigos?

—Supongo que sí.

—No mates al mensajero. Fuisteis vosotros los que de pequeños decidisteis que seríais como hermanos, no yo. JP cuidaba de ti. —Mi madre hace amago de reírse—. Bueno, puede que JP no viera tu aterrizaje, pero seguro que papá disfrutó desde su asiento en primera fila.

Los dos nos echamos a reír, pero suena a risa falsa. Claro que ¿qué otra cosa podemos hacer? Nada. El hombre al que cada día me parezco más, tanto por la estatura como por el vello y el volumen en continua expansión, se fue hace doce años. Tuvo una muerte lenta y dura a causa del

cáncer, así que espero que por lo menos esté por ahí arriba partiéndose de risa.

Siento frío en la cabeza. Poco a poco, me la toco y noto el pelillo incipiente; ni rastro de la tela de algodón desgastada ni de la rígida visera gastada.

—¿Dónde está mi gorra? —pregunto de inmediato.

Mi madre mira alrededor.

—No lo sé.

Me incorporo y estiro el cuello a izquierda y derecha, buscándola.

—No puede ser. Mi gorra... ¿Dónde está?

—Túmbate —insiste—. Dylan, la pierna, tienes que tenerla en alto.

—No pasa nada. —Empiezan a oírse pitidos y entran unos cuantos enfermeros y enfermeras gritándome que deje de moverme—. Solo quiero mi gorra —intento decir lo más lenta y calmadamente posible. Pero no sirve de nada. Mil millones de manos y brazos frenéticos me sujetan contra la cama. Supongo que debo de ser tan grande como dicen—. No es por la pierna —trato de asegurarles. Cualquiera diría que están inmovilizando a un búfalo que se revuelve en el agua. ¡Eh! ¡Que soy yo!—. Solo quiero mi gorra, nada más.

—¿Quieres taparte la cabeza? —pregunta una de las enfermeras.

—Te traigo algo —se ofrece el primer enfermero que ha entrado—. Enseguida vuelvo.

Mi madre se acerca y me acaricia el hombro.

—No pasa nada, cariño —dice—. Eres muy guapo, ¿sabes? No hace falta que te escondas detrás de ninguna gorra. Eres una persona muy atractiva, por dentro y por fuera, y algún día...

—Mamá... Déjalo.

Mi madre... Dios, ¿por dónde empiezo? ¿Le suelto la verdad sin anestesia? Mi madre es de las que, cuando un completo extraño se hace daño en el pie, lo acompaña a casa en coche y le da la mitad de los ahorros de su vida para asegurarse de que sale adelante. Cuando se trata de mí,

eso se traduce en que no para de agobiarme con sus piropos maternos hasta que, mal que me pese, no me cabe duda de lo maravilloso que llevo a ser.

El hecho de que tenga que esforzarse tanto por convencerme me molesta aún más que lo que me dice.

—Aquí tienes.

El enfermero ha vuelto con un casquete de algodón. Le echo un vistazo y lo dejo a un lado de la cama.

—Gracias —le digo de todos modos.

No me veo poniéndome ninguna otra cosa en la cabeza que no sea mi gorra de béisbol. Mi gorra y yo hemos superado juntos mucha mierda; es como mi yelmo. Este casquete de hospital, en cambio, no es capaz de protegerme de la mierda en absoluto. Me quedo mirando la estructura metálica. El sistema de poleas y cables mantiene mi pierna inmóvil, en alto. Mi pierna. Un vacío me recorre por dentro mientras la miro. Como si estuviera desprovista de vida. Un pez espada que libró una dura batalla pero que al fin cayó en el puerto.

—Dylan, cariño, ¿estás bien? —pregunta mi madre.

—Me duele. —Finjo sentir algo de dolor, pero ella no cede, así que me retuerzo un poco más. Se ha puesto tan contenta al volver a verme la cara que la desencajo de puro sufrimiento solo para ella, y entonces me permite accionar la bomba del calmante. (¡Bien!)—. Necesito hablar con el médico.

El enfermero que ha entrado en primer lugar comprueba la respuesta nerviosa de los dedos de los pies, y la enfermera sale de la habitación.

—Voy a buscarlo —se ofrece.

Me muerdo el labio superior. ¿Debo seguir? ¿Debo hacerle una pregunta que hasta ahora solo le he hecho a Google? Creo que sí. Al cabo de veinte minutos más o menos, el traumatólogo que me ha operado, el doctor Jensen, entra y calibra la situación.

—¿Qué le ocurre, señor Ingvarsson?

No puede decirse que no es directo con los enfermos.